

LAS NUEVAS FORMULACIONES ASIMÉTRICAS: LA SOSTENIBILIDAD DEL DESARROLLO

*Beatriz SANTAMARINA CAMPOS
Dpto. Sociología y Antropología Social de la Facultad de C.C. Sociales
Universidad de Valencia*

Palabras clave: desigualdades, desequilibrios, discursos asimétricos, ecología, desarrollo sostenible.

RESUMEN:

El nuevo contexto global marca la aparición de diferentes discursos que pueden ser considerados asimétricos. Las transformaciones experimentadas han provocado la producción de discursos que, lejos de ser asépticos o críticos con el nuevo panorama mundial, siguen con una larga tradición hegemónica, conformando un mundo lleno de desigualdades y desequilibrios que van en aumento.

1. Introducción

El nuevo contexto global marca la aparición de diferentes discursos que, desde nuestra perspectiva, pueden ser considerados asimétricos. Las transformaciones experimentadas en las últimas décadas han provocado la producción de discursos que, lejos de ser asépticos o críticos con el nuevo panorama mundial, siguen con una larga tradición hegemónica, conformando un mundo lleno de desigualdades y desequilibrios que van en aumento.

El nuevo imperialismo, disfrazado esta vez de globalización (Petras y Veltmeyer, 2002), es un buen ejemplo de cómo se edifican estas nuevas formulas asimétricas; los ropajes no impiden descubrir qué prácticas se legitiman detrás de esas viejas fórmulas. Por poner un ejemplo, si atendemos a la conceptualización de la globalización observamos que presenta serios problemas conceptuales y analíticos: es un término reificante, se presenta como una realidad ineludible e inevitable, y como una nueva ideología. Pero, en realidad, esconde el viejo sueño del imperialismo, esta vez reforzado y llevado a sus últimas consecuencias. Así, no deja de ser curiosa “esta disputa de todos contra todos, en la que se van quebrando fábricas, se destrozan empleos y aumentan las migraciones masivas y los enfrentamientos interétnicos y regionales, sea llamada globalización” (García Canclini, 1999: 10).

Desde esta perspectiva, que intenta poner en cuestión o en evidencia los constructos ideológicos que permiten sostener de forma insostenible nuestro mundo, vamos a intentar sacar a la luz los fundamentos que alimentan una visión normalizada y hegemónica de lo ecológico. El hecho de prestar atención a este fenómeno tiene por objeto comprender los mecanismos que imponen una racionalidad político-económica única y un discurso ecológico homogéneo y universalista (que conlleva la dominación del espacio, el capital y la modernidad). Entendemos que la formulación del desarrollo sostenible se nos presenta como una construcción ideológica que se constituye en la herramienta institucional para la solución de la problemática ambiental, y que representa la legitimación del sistema político-económico vigente.

Así, pues, analizaremos, en primer lugar, los informes y diagnósticos sobre el estado actual del medio ambiente. Lo haremos con una doble intención: presentar los datos, abrumadores y desoladores por sí mismos, y también observar de qué forma se construye la problemática ecológica. Este último aspecto ayudará a entender cómo distintas estrategias discursivas permiten ocultar el verdadero alcance del conflicto ecológico y presentarlo como una pequeña disfunción que debe resolverse en manos de expertos. Y, en segundo lugar, prestaremos atención a la formulación del desarrollo sostenible para ver qué se esconde detrás de ella.

2. Una aproximación a la elaboración de los desequilibrios y desigualdades

Durante las últimas décadas hemos asistido a un largo proceso de normalización e institucionalización del fenómeno medioambiental, que pone en evidencia cómo se han desactivado los mecanismos subversivos que, potencialmente, contiene. Y cuando decimos subversivos, queremos enfatizar que los problemas e impactos medioambientales y la degradación ecológica globalizada generados por nuestro sistema tecnointustrial son suficientes como para cuestionar nuestro sistema en su totalidad. Sin embargo, al presentarse las fisuras ecológicas como simples desajustes internos se obvia y silencia el conflicto ecológico. Pero, ¿a qué nos referimos cuando decimos conflictos medioambientales, o cuándo enumeramos problemas, impactos o degradación ecológica? Dicho de otro modo más claro, ¿qué consecuencias reales se derivan de nuestro sistema político-económico? Desde nuestro punto de vista, la respuesta es clara: desequilibrios y riesgos.

Nuestro sistema actual ocasiona grandes desigualdades y desequilibrios, como ponen en evidencia los últimos informes oficiales elaborados sobre el estado del medio ambiente. Estos diagnósticos reflejan tanto la ruptura de límites ecosociales como una particular concepción de lo ecológico, en la cual el discurso hegemónico se constituye como incuestionable al ocultar otras dimensiones que permitirían un cuestionamiento global del modo en que nos relacionamos con el medio.

Las fracturas ecológico-sociales son visibles en numerosos estudios que delatan cómo los desequilibrios y desigualdades, lejos de reducirse, van en aumento. Si atendemos a los datos e informes regularmente ofrecidos por instituciones oficiales, los encargados o elaborados por Naciones Unidas¹, el panorama es sobrecogedor. De entre los desequilibrios ecosociales más preocupantes y con peores consecuencias para la globalidad del planeta, cabe señalar, entre otros: el cambio climático, el agujero de ozono, la destrucción de bosques, la pérdida de diversidad biológica o la distancia progresivamente mayor entre riqueza y pobreza. Atendamos, a algunos de los datos ofrecidos.

En cuanto al calentamiento de la tierra, ha existido una tendencia ascendente sostenida a lo largo del siglo XX y que continúa en el presente. Las temperaturas promedio se incrementarán entre

¹ Vamos a utilizar los distintos informes realizados por el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), el Programa de Naciones Unidas para el Medio Ambiente (PNUMA) y el Intergovernmental Panel on Climate Change (IPCC), así como las tendencias señaladas por el Worldwatch Institute.

1'4 °C y 5'8 °C a lo largo del siglo XXI (IPCC, 2001). Por lo que respecta al deterioro del ozono, en el año 2000 el agujero de la capa era en la región antártica de más de 28 millones de km², lo que indica que entre 1970 y 1990 los niveles anuales promedio de ozono han disminuido un 10% en dicha región (PNUMA, 2002). Y un ejemplo más: al menos 200 millones de hectáreas de bosques han desaparecido en 15 años. Deforestación que se ha visto acelerada en los trópicos, donde se ha perdido la quinta parte de los bosques tropicales (Brown, Renner y Flavin, 1998).

Por lo que respecta al aumento de las desigualdades sociales en el mundo, los datos son alarmantes, “desde 1990, 20 países experimentaron una caída de su IDH (Índice de Desarrollo Humano) y por el contrario, sólo 3 habían sufrido una baja en el IDH durante los años 1980” (UNPD, 2004: 133). La distancia entre ricos y pobres se ha acrecentado tanto entre países en desarrollo y desarrollados como en el interior de los diferentes países. El 20% de la población mundial más rica es responsable del 86% del total de gastos de consumo privado, utiliza el 58% de la energía mundial, el 45% de toda la carne y el pescado y el 84% del papel y dispone del 87% de los automóviles y el 74% de los teléfonos. En contrapartida, el 20% de los pobres del mundo apenas consume el 5% de cada uno de los bienes y servicios señalados. Pero estas desigualdades no han dejado de crecer en las últimas décadas: “Por ejemplo: en 46 países las personas son hoy más pobres de lo que eran en 1990 y en 25, más gente pasa hambre que hace una década” (UNPD, 2004: 132). Esto se manifiesta en las diferencias entre los niveles de renta que se han duplicado. Así, los 225 habitantes más ricos del mundo tienen una riqueza igual al ingreso anual del 47% más pobre de la población mundial (2.500 millones de habitantes). Además, todavía una quinta parte de la población mundial sobrevive en la extrema pobreza, con apenas un dólar por día, y casi la mitad de la población mundial vive con menos de dos dólares por día. Una situación de pobreza que no sólo afecta a los países en desarrollo: se calcula que en los países desarrollados hay más de 130 millones de personas en estas condiciones. Las desigualdades también se reflejan en la disponibilidad de recursos básicos como agua, sanidad o educación. En la década de 1990, la escasez de agua afectaba al 40% de la población mundial; más de 2.400 millones de personas carecen aún de acceso a servicios sanitarios adecuados; y más 1.000 millones son analfabetos, lo que afecta especialmente a las mujeres (PNUMA, 2002).

No es difícil observar cómo todas estas fracturas pasan enormes facturas. El precio a pagar por la organización de relaciones sociales basada en desigualdades y desequilibrios es demasiado alto y conduce a una destrucción sin límites y globalizada. Ahora bien, frente a la contundencia de los datos actuales y las angustiosas estimaciones para el futuro, sorprende que los informes muestren los desequilibrios como inevitables, como procesos lógicamente derivados de las actividades ‘normales’ de los seres humanos. De hecho, lejos de cuestionarse los factores estructurales que los provocan, los informes contribuyen a la reproducción del sistema presentando una particular concepción de lo ecológico.

En primer lugar, es posible observar cómo hay una voluntad explícita de desviar la problemática hacia el discurso científico-técnico. Así, el cambio climático, el agujero de ozono, la destrucción de bosques, o la pérdida de diversidad biológica son presentados como fenómenos naturales. Y si

los problemas medioambientales son de índole natural, que se resuelvan entonces como tales. De esta suerte, al remitirlos hacia las ciencias naturales para su resolución, se consigue desviar la atención de las causas reales que los provocan. Con ello se consigue que el foco del debate se deslice sutilmente hacia las soluciones científico-técnicas. El fenómeno medioambiental (o, más bien, su capacidad subversiva) se desactiva al circunscribir lo ecológico a un mero problema tecnocientífico. Y en segundo lugar, los problemas se presentan como desajustes fácilmente resolubles, y se confía su solución a las conferencias, convenios y acuerdos internacionales (que, gracias a los estudios facilitados por la comunidad científica, tomarán las medidas oportunas). El deslizamiento se repite: si los problemas son políticos, que se solventen en el ámbito institucional. Las desigualdades y los desequilibrios se representan en un mapa complejo, donde se mezcla tanto su inevitabilidad (el hambre en los países en vías de desarrollo se asume como normal, porque no están desarrollados; por ejemplo, al no disponer de soluciones técnicas para el agua pasan sed y padecen enfermedades infecciosas), como su anomalía (la reducción de la capa de ozono es un efecto no previsto del sistema que se resuelve con mínimas medidas correctoras, que le permitirán volver a alcanzar valores normalizados).

Pero, realmente, ¿es posible seguir hablando del conflicto ecológico como un problema simplemente accidental? ¿Es posible seguir creyendo que, con pequeñas modificaciones en nuestro sistema económico-social, se podrán resolver los enormes desequilibrios introducidos? ¿Es posible seguir teniendo fe en el proyecto de la modernidad de un progreso y desarrollo (sostenido) para todos? En definitiva, ¿es posible seguir viviendo negando la realidad de un 'ecocidio' sin límites? Desde nuestro punto de vista, la mayor dificultad estriba en reconocer que el conflicto ecosocial al que nos enfrentamos no se debe a pequeñas consecuencias no queridas de nuestro sistema, sino más bien todo lo contrario: la situación actual se produce por su funcionamiento normal. De ahí la necesidad de cuestionarlo.

3. La solución políticamente correcta: el desarrollo sostenible

Ahora bien, no sólo se ha circunscrito la problemática ambiental al debate político y científico, lo cual ha impedido una crítica global, sino que también se ha construido una fórmula para seguir legitimando dichas desigualdades y desequilibrios: el desarrollo sostenible. Desde las primeras obras de denuncia ecológica, en las décadas de 1960 y 1970, que defendieron la necesidad de los límites al crecimiento, o la argumentación del crecimiento cero hasta la definitiva culminación del desarrollo sostenible, promovida por la Comisión Mundial del Medio Ambiente en 1987, (fortalecida tras la segunda Cumbre de la Tierra de Río, en 1992, y consagrada en la última Cumbre de Johannesburgo, de 2002), podemos observar cómo se ha producido un importante vuelco: de cuestionar nuestro modelo de desarrollo se ha pasado a sostenerlo.

El paradigma del desarrollo sostenido tomó un impulso definitivo a partir de su definición por el informe Brundtland como "el desarrollo que satisface las necesidades de la generación presente sin comprometer la capacidad de las generaciones futuras para satisfacer sus propias necesidades" (Comisión Mundial del Medio Ambiente y del Desarrollo, 1987: 67). No está de más recordar que,

en dicho informe se apostaba explícitamente por una nueva era de crecimiento económico. De la definición de desarrollo sostenible podemos extraer dos primeras conclusiones: por un lado, su enunciación, lejos de ser un plan de acción, se presentaba como un deseo (un buen deseo sobre la pobreza, la igualdad y la cooperación); y, por otro, en sí misma reconocía la inviabilidad del sistema. Además, su fórmula servía para catalizar las relaciones entre ecología y economía (Redclift, 1987: 32) y se alzaba como instrumento de consenso entre ecologistas y desarrollistas.

El éxito logrado por el desarrollo sostenible se basó en la propia ambigüedad de su enunciado (Naredo, 1996; García, 1995; Sosa, 2001) y en la indefinición de un marco teórico y analítico (Lélé, 1991: 607). Esto provocó numerosas interpretaciones sobre el desarrollo, la sostenibilidad y la combinación de ambos, con el riesgo de llegar a transformarse en eficaz prescriptor sin que nadie sea capaz de definirlo (*ibidem*). De hecho, el desarrollo sostenible se ha transformado en un enunciado evidente por sí mismo. Pero hay elucidar qué hay de sobreentendido en el desarrollo y en la sostenibilidad, qué se da por dado en su contenido y qué significado esconde tras la virtualidad de su formulación. No basta con darlo por hecho: hace falta preguntarse por qué se convierte en un comodín, o por qué se transforma en un ideal.

Lo primero que sorprende es que bajo la formulación del desarrollo sostenido encontramos un vacío de significado que permite toda suerte de interpretaciones, lo que garantiza su consenso y desactiva su posible puesta en práctica. Las propias instancias políticas lo presentan sin definirlo, como si su mero enunciado fuera suficiente para entender su contenido. Presentarse como evidente por sí mismo (que habla por sí solo) funciona como un claro mecanismo de legitimación. Así, por ejemplo, si atendemos a la campaña publicitaria del Ministerio de Medio Ambiente, lanzada en 2002, encontramos que los anuncios (emitidos en prensa, radio y televisión) hacían referencia a distintas de las llamadas buenas prácticas medioambientales (ahorro de agua, reforestación, reciclaje), pero todos ellos tenían un final común: “Cambiemos el mundo sin cambiar de planeta. Desarrollo sostenible”. Como se puede apreciar, el desarrollo sostenible se presenta como una enunciación filosófica más que como un programa político transformador. El juego introducido entre mundo y planeta es efectivo². La tensión del enunciado refuerza la tensión constante entre lo edificado como innato y lo percibido como construido. El desarrollo sostenible aparece entonces como la solución: una llamada a la ética para resolver los desajustes del sistema. Pero una llamada, en definitiva, vacía, porque se da por hecho un contenido difícil de imaginar.

Prestemos atención a su definición. El desarrollo sostenible se apoya sobre dos conceptos que se enmarcan en grados de abstracción y sistemas de razonamiento diferentes: “las nociones de crecimiento (y de desarrollo) económico encuentran su definición en los agregados monetarios homogéneos de ‘producción’ y sus derivados que segrega la idea usual de sistema económico, mientras que la preocupación por la sostenibilidad recae sobre los procesos físicos singulares y heterogéne-

² Ambas categorías ocupan distintos espacios cognitivos en nuestra práctica cultural y abren la posibilidad de reflexionar sobre diferentes aspectos. Mientras que planeta evoca a la tierra, apareciendo así al lado de lo natural, el mundo se situaría al lado de lo cultural.

os” (Naredo, 1996: 137). El problema surge cuando intentamos interpretar el desarrollo junto a la sostenibilidad. Desde la perspectiva institucional, sería el crecimiento económico que contempla la capacidad de sustentación de un territorio. Bajo esta lógica, el desarrollo es interpretado como crecimiento económico, al cual se le añade la condición de ser sostenible, pero sin especificar que es lo que se quiere sostener. El papel de la sostenibilidad se reduce, entonces, a una función más simbólica que real, porque simplemente permite rebautizar la idea de desarrollo³.

¿Cómo interpretar el éxito del desarrollo sostenible? ¿Por qué sigue funcionando como el paradigma del futuro? Para Escobar, la respuesta está en los fundamentos sobre los que se asienta: el discurso del desarrollo sostenible se basa en los logros de la modernidad occidental, que se apropia acríticamente. En este sentido, considera que es necesario tomar distancia de nuestra práctica cultural para atender a las estructuras sociohistóricas que han dado lugar a su formulación. Si lo hacemos, descubriremos “la existencia de una cultura económica dada” (1995: 9) y de un complejo económico que no se cuestiona, que explica la natural economización de la naturaleza. Siguiendo la sugerencia de Escobar, se hace necesario aproximarnos al modo en que se ha articulado el discurso del desarrollo a lo largo de las últimas décadas. El desarrollo ha sido mito y motor de nuestra modernidad y su discurso ha sido fundamental en la práctica imperialista occidental, puesto que ha permitido legitimar el fin sobre los medios y jerarquizar el mundo (desarrollados/subdesarrollados). Y en ese *iter* es posible observar cómo ha ido acomodándose y transformándose (económico, humano, sostenible) para no perder su reinado.

El nacimiento de la era del desarrollo podemos datarlo en 1949, cuando el presidente Truman utilizó por primera vez el concepto de subdesarrollo⁴ para calificar a la mayor parte del planeta. El desarrollo se presentaba como El Dorado, esa búsqueda de la felicidad material que debía seguir toda la humanidad. El viejo discurso iluminista de dos siglos atrás se recuperaba y se convertía en “uno de los mitos más persistentes de toda la segunda mitad del siglo XX” (De Rivero, 2001: 140). El grado de desarrollo de un país sería medido a través del producto nacional bruto y este indicador cuantificaría y jerarquizaría a los países. Para Sachs (1991), bajo la frágil promesa de que todas las sociedades alcanzarían el mismo desarrollo en el futuro (una historia de salvación secular), se había construido la legitimación del imperialismo anticolonial.

En la década de 1970, el desarrollo sufre su primer revés al cuestionarse un modelo de crecimiento que no garantizaba la disminución de la pobreza. A partir de entonces, se le añadirá al desarrollo la cualidad de humano, y se transformaría así en un concepto indefinido el índice de desarrollo humano. La pérdida de precisión semántica se compensó con una mayor versatilidad política, al convertirse el desarrollo humano en un conjunto de buenas intenciones (Sachs, 2000). Más tarde, en la década de 1980, a la doble crisis del petróleo y de la deuda y a la imposición de

³ En realidad, si definimos la sostenibilidad descubriremos que ya hemos transpasado los límites sostenibles.

⁴ Sustituye así el viejo concepto utilizado hasta el momento de países atrasados. Más tarde, el término será cambiado por países en vías en desarrollo, para transformarse finalmente en países en desarrollo (De Rivero, 2001).

políticas de liberalización de mercados, se sumaron los numerosos desastres ecológicos. La fórmula del desarrollo sostenible apareció entonces como la alternativa al desarrollo. Para Sachs, el cambio de paradigma, la unión entre desarrollo y sostenibilidad, provocó que la sostenibilidad pasara de ser la conservación de la naturaleza a convertirse en la conservación del desarrollo.

En realidad, podemos decir que el mito de la era del desarrollo, anunciado por Truman, se ha esfumado: “por espacio de medio siglo, más de 150 países han ensayado ideologías y sistemas económicos y sociales buscando el desarrollo como si fuera El Dorado, pero el desarrollo se ha mostrado tan elusivo como aquella quimera de los conquistadores” (De Rivero, 2001: 140). Las esperanzas de una mayor justicia e igualdad se han desvanecido y los ideales del desarrollo han perdido credibilidad. Tal y como hemos visto más arriba, su herencia se puede condensar en un aumento cada vez mayor de las desigualdades y desequilibrios.

4. Conclusiones

La aproximación realizada a los análisis que se disponen sobre la realidad eco-social nos devuelven a la necesidad de ser críticos con la construcción de lo que se intenta presentar como un modelo alternativo: el desarrollo sostenible. Desde nuestra perspectiva, dicho paradigma no sólo esconde y diluye las fisuras del sistema neoliberal, sino que también excluye la posibilidad de construir alternativas al modelo hegemónico. Tras su enunciación se percibe una nueva legitimación del viejo sistema capitalista e imperialista, ahora reconvertido en lo que se viene llamando la reestructuración del capitalismo y la globalización.

El desarrollo sostenible, lejos de ser una elaboración científica, es un constructo político e ideológico que oculta las implicaciones del desarrollo sobre el medio ambiente. De hecho, se ha transformado en un instrumento ideológico que alimenta y legitima nuestro modelo de desarrollo económico. Del viejo liberalismo, que puso en circulación el mito del desarrollo, hemos pasado a un neoliberalismo que consagra la globalización como utopía de un nuevo mundo. Los riesgos de su formulación han sido muchas veces evidenciados. Los discursos culturalista y ecosocialista han censurado tanto los cimientos económicos y científicos sobre los que se sustenta como su visión mercantilista de la naturaleza. Ambas posiciones consideran que el discurso sostenible es una forma de sostener o bien la cultura occidental (culturalista), o bien el capital (ecosocialista), poniendo encima de la mesa la necesidad de una reestructuración total del sistema frente a la falsa creencia de que el sistema sólo necesita mínimos reajustes en el mercado.

En definitiva, la reestructuración del capitalismo, con todas sus implicaciones (políticas, económicas, morales y teóricas) fuerza a la práctica de una etnografía comprometida que “pueda usarse como un instrumento para la reflexión crítica y como una herramienta para la liberación humana” (Scheper-Hughes, 1997: 39). Desde nuestra disciplina, todavía nos queda la posibilidad de seguir denunciando los desequilibrios y desigualdades de nuestro mundo y los discursos asimétricos que los sustentan, porque más que nunca se debe reclamar “la práctica de una etnografía ‘moralmente responsable’” (Scheper-Hughes, 1997: 38).

Bibliografía

- Brown, L.; Renner, M.; y Flavin, C. (1998) *Signos vitales. Las tendencias que guiarán nuestro futuro*, Madrid, Worldwatch Institute-GAIA Proyecto 2050.
- Comisión Mundial del Medio Ambiente y del Desarrollo [1987] (1992) *Nuestro futuro común*, Madrid, Alianza.
- De Rivero, O. (2001) *El mito del desarrollo. Los países inviables del siglo XXI*, Lima, FCE.
- Escobar, A. (1995) "El desarrollo sostenible: diálogo de discursos", *Ecología Política*, 9.
- García Canclini, N. (1999) *La globalización imaginada*, Barcelona, Paidós.
- García García, E. (1995) *El trampolín fáustico*, Alzira, Germania.
- IPCC (2001) *Cambio climático: ciencia, impacto, adaptación y mitigación* [recurso en línea: <http://www.mma.es/cambio_climatico/pdf/3inf_ipcc.pdf>].
- Lélé, S. M. (1991) "Sustainable Development: A Critical Review", *World Development*, vol. 19, n.º 6.
- Naredo, J. M. (1996) "Sobre el origen, el uso y el contenido del término sostenible", *Documentación Social*, 102.
- Petras, J.; y Veltmeyer, H. (2002) *El imperialismo en el siglo XXI. La globalización desenmascarada*, Madrid, Popular.
- PNUMA (2002) *Perspectivas del Medio Ambiente Mundial 2002. Geo-3. Pasado, presente y futuro* [recurso en línea: <<http://www.unep.org/GEO/geo3/spanish/pdf.htm>>].
- Redclift, M. (1987) *Sustainable Development. Exploring the contradictions*, Londres, Routledge.
- Sachs, W. (2000) "Development. The Rise and Decline of an Ideal", *Wuppertal Papers*, 108 [recurso en línea: <<http://www.wupperinst.org/Publikationen/WP/WP108.pdf>>].
- Schepper-Hughes, N., (1997) *La muerte sin llanto. Violencia y vida cotidiana en Brasil*, Barcelona, Ariel.
- Sosa, N. (2001) "A vueltas con la sustentabilidad, esta vez desde la ética", *Sistema*, 162/163.
- UNDP (2004) *Informe sobre desarrollo humano 2004. La libertad cultural en el mundo diverso de hoy* [recurso en línea: <http://hdr.undp.org/reports/global/2004/espanol/pdf/hdr04_sp_complete.pdf>].

Hitz gakoak: desberdintasunak, desorekak, arazoibide asimetrikoak, ekologia, garapen jasangarria.

LABURPENA:

Testuinguru orokor berriak asimetrikotzat jo daitezkeen diskurtso berrien sorrera bideratu du. Gertatuko aldaketek diskurtso berriak sortarazi dituzte, zeinak, ez aseptiko eta ezta munduko egoera berriarekin kritikoak ere, jada uztarturiko tradizio nagusia mantentzen dute, gero eta handiagoak diren desberdintasun eta desorekaz betetako mundua osatuz.

Mots-clés: inégalités, déséquilibres, discours asymétrique, écologie, développement durable.

RÉSUMÉ:

Le nouveau contexte global marque l'apparition de différents discours qui peuvent être considérées asymétriques. Les transformations expérimentées ont provoqué la production de discours, que loin d'être aseptiques ou critiques avec le nouveau contexte mondial, continuent avec une longue tradition hégémonique, en adaptant un monde rempli d'inégalités et déséquilibres, que loin de se freiner augmentent.

Key words: inequality, imbalance, asymmetrical discourse, ecology, sustainable development.

SUMMARY:

The new global context has led to the appearance of new discourses which can be considered asymmetrical. The transformations that have come about have paved the way for discourses which, far from being neutral with or critical toward the new global panorama, carry on a long tradition of hegemony, and make up a world full of inequality and imbalances which, far from disappearing, are increasing constantly.

SIN TIERRA Y SIN TRABAJO: DE LABRADORES Y OBREROS A MARGINALES. LOS GUARANÍES DE LA LOMA

Luciano Literas,
Universidad Autónoma de Barcelona

Palabras clave: Espacio, identidad, modos de subsistencia, modelo de acumulación, exclusión.

RESUMEN:

Desde mitad del siglo XX los guaraníes que habitaban el cerro La Loma fueron sistemáticamente desalojados, mientras crecientes extensiones de territorio eran apropiadas por el ingenio San Martín del Tabacal. Resultado de la adaptación a un contexto donde la posesión de tierras desaparecía junto con el ingreso a la vida urbana, debieron adoptar nuevas estrategias de supervivencia y reformular cuestiones culturales esenciales ya que la expulsión diezmó las bases materiales y simbólicas sobre las que se reproducía la vida social guaraní. Junto a esta ingente apropiación privada de recursos naturales, ha sobrevenido una importante crisis medioambiental que continúa profundizándose, de acuerdo a la racionalidad que impera en la relación con el entorno.

“Ellos dicen que no, que es privado, pero no saben.
Ellos dicen que los indios –sí, así nos llaman– no saben nada.
Pero nosotros si sabemos. Ellos son los que no saben”
Cacique guaraní

La apropiación del espacio. De encomiendas coloniales a corporaciones transnacionales

Ocupado Cuzco en 1532 y fundada Asunción en 1537 la alta cuenca del río Bermejo se constituirá durante el avance colonial en referencia vital para las comunicaciones del Alto Perú con el Atlántico. El encuentro entre guaraníes y españoles manifestó racionalidades diferentes e incluso antitéticas de acuerdo a los modos de vida de cada uno de estos universos culturales. Roulet (1993: 27-28) indica la alteridad entre el naciente absolutismo europeo y los sistemas guaraníes de liderazgo flexibles y no coercitivos, entre las relaciones feudales y el igualitarismo nativo y su división social del trabajo, y finalmente entre la búsqueda de beneficio mediante la producción y circulación de bienes frente a la autosuficiencia y las relaciones de reciprocidad que caracterizaban la vida guaraní. Incluso el sistema de rozas o la reciprocidad inscrita en la circulación de servicios –que llamaron la atención de padres y misioneros (*idem*: 73)– son vigentes en la cotidianeidad de los guaraníes que conservan su tierra a orillas del río Blanco, en la periferia de Orán, provincia de Salta.

El proceso de colonización estuvo signado por la ocupación de tierras gracias a privilegios, mercedes y usurpaciones de las guerras, la sujeción a servidumbre a través del ejercicio de derechos sobre las personas (*idem*: 101) y la acumulación de recursos por la explotación de fuerza de trabajo mediante tributo.

La cuenca del Bermejo fue sometida a dominio de la corona española en el siglo XVIII, constituyéndose en enclave productor proveedor del Alto Perú. La unidad de producción era la hacienda, latifundio ganadero y agrícola que incluía talleres de manufactura y obrajes textiles (Vitar, 1988: 35), y el modo de apropiar tierras y trabajo continuó siendo el mismo que en épocas tempranas de la conquista. Junto a las haciendas de encomenderos, los fuertes fronterizos y las reducciones jesuíticas fueron instituciones centrales en la conquista de tierras y disposición de trabajadores (*idem*:134). Hasta entonces sólo existieron esporádicas incursiones y establecimientos coloniales marginales; fue espacio además de múltiples migraciones indígenas gracias a la presión de la empresa colonial o a las relaciones de fuerza entre los pueblos en el uso de espacios y recursos. En el transcurso del siglo XVIII muchos de ellos fueron reducidos a asentamientos de frontera (*idem*: 76) y desplazados de sus territorios. No obstante es en 1884 la última expedición militar con objeto de sujetar a los no colonizados, luego se declara resuelto el “problema indio” en la región (Carrasco, 2000: 28).

Después de la independencia y la constitución del Estado argentino a lo largo del siglo XIX, las propiedades coloniales fueron legalizadas y legitimadas por la nueva Constitución que consagraba la propiedad privada, mientras la burguesía rural local se afianzaba como proveedora internacional: se consolida el modelo capitalista agro exportador dirigido por los sectores oligárquicos heredados de la colonia¹.

En aquel contexto R Patrón Costas² fundó en la región el ingenio San Martín del Tabacal (1920), unidad de explotación comercial de caña de azúcar. Desde entonces se requirió mano de obra barata para las cosechas, constituida fundamentalmente por indígenas de la zona y aquellos que migraban desde otras cercanas, muchos de los cuales acabaron instalándose en colonias que luego derivaron pueblos. Este es el caso de Yrigoyen, fundado en 1949 a los pies del cerro La Loma y a inicios del siglo XXI habitada por 12000 habitantes.

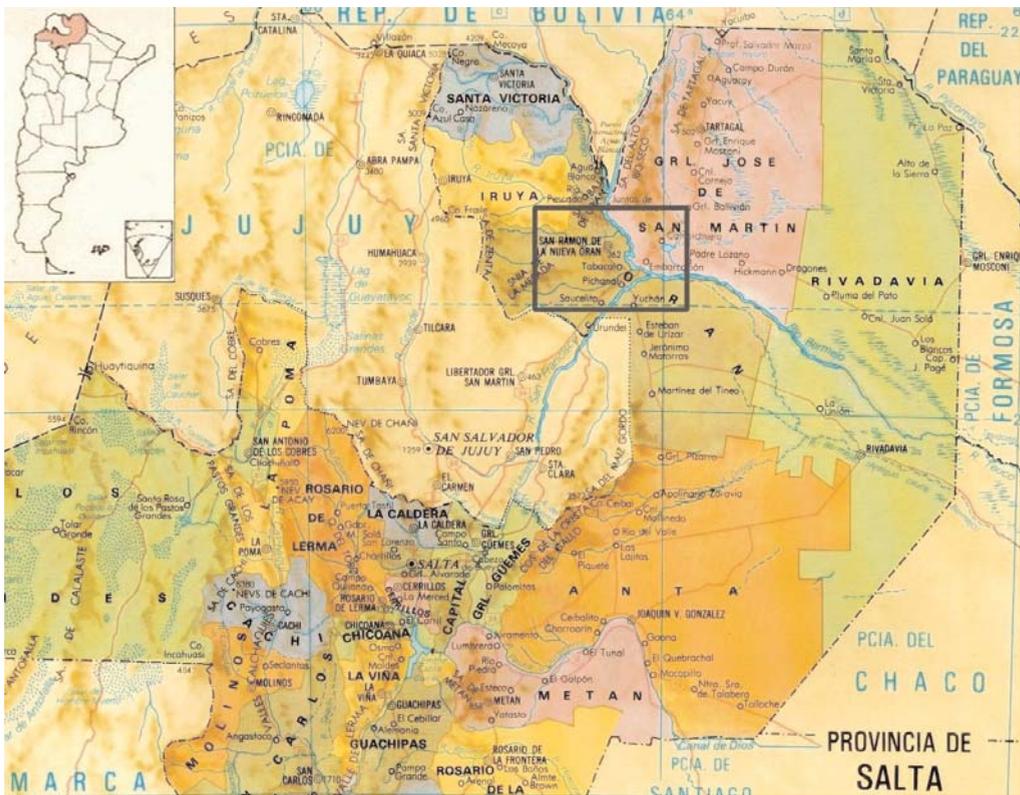
En 1938 el padre Roque Chielli instituyó en La Loma, habitada ya por guaraníes, la misión San Francisco de Altozano. Trajeron a la misión chulupíes y chorotes desde la provincia de Formosa para integrar la fuerza de trabajo del ingenio, que durante los 40 compró más de un millón hectáreas habitadas por diversas comunidades indígenas, entre las que se incluía La Loma. A partir de allí sus habitantes fueron sujetos a varios traslados, dentro del cerro primero y luego a pueblos cercanos (1964, 1970, 1980) entre ellos Irigoyen, pero incluso en los 90 aun quedaban familias en el cerro. Fue el padre, “un domador de indios” según algunos ancianos guaraníes, quien promovió el desalojo del 70 evitando el uso de la fuerza física, cuando el ingenio destruyó las huertas de las familias en La Loma. A pesar de esto quienes permanecieron próximos a ella conservaron una relación cotidiana y regular, visitando sus antepasados en los cementerios, buscando medicinas y ejercitando la caza en el monte, la pesca en el río Bermejo y la recolección de leña, frutos y miel.

¹ Stavenhagen indica que luego de la constitución de los Estados pervive el “colonialismo interior”: pervivencia de la negación de la identidad y la supervivencia indígenas (1997: 24)

² Ex gobernador de la provincia, fue ministro de hacienda provincial, luego senador nacional y candidato a presidente.

En 1996 la Seabord Co.³ compra la mayoría de acciones del ingenio; y es cuando la expulsión de mano de obra se agudiza en el nuevo contexto de flexibilización del mercado laboral. A inicios de los 90 contaba con 8000 asalariados, en la actualidad según cifras de la propia empresa sólo con 1800 y 900 más por contratos temporales, sin protecciones sociales de ninguna clase, sumergiéndose en el mercado negro un tercio de la mano de obra que emplea. En 1997 es uno de los primeros conflictos por posesión de territorios bajo la nueva propiedad, la comunidad kolla Tinkunaku evita el ingreso de maquinas del ingenio destinadas a desmontar el bosque que utilizan como reserva.

A comienzos del siglo XXI las propiedades de la empresa rodean tres localidades enteras del departamento de Orán y sus 100.000 habitantes –Orán, Yrigoyen y Pichanal–, muchos de ellos guaraníes desalojados gracias a la expansión de aquel. La empresa factura cerca de 40 millones de dólares anuales mientras reduce el personal sistemáticamente. En el 2003 el ingenio reconocía producción y ganancia record mientras mantenía los salarios congelados en un promedio de 400 pesos.



³ Empresa transnacional de Kansas, EEUU, donde produce y procesa cerdos que vende en el mercado doméstico y en extranjeros. También desarrolla servicios de transporte entre EEUU y América Latina. Fuera de los EEUU está involucrada en la producción de azúcar, de energía eléctrica y en la molinera de harina

Hacia comienzos del 2004 también las familias que habitan las orillas del río Blanco resisten la presión de desalojo y depredación del monte natural. Incluso muchas parcelas de cultivo fueron incendiadas y destruidas por maquinarias del ingenio, mientras parte del territorio usurpado a la comunidad era sembrado de caña de azúcar.

De la autosuficiencia a la exclusión

La distancia estructural entre las familias guaraníes asentadas en Yrigoyen luego de su desalojo y la comunidad guaraní poseedora de tierras a orillas del río Blanco, reside en la capacidad de subsistencia gracias a la relación con la tierra. Cuando el ingenio dejó de absorber mano de obra y comenzó a expulsarla debido a la profundización del proceso de mecanización, sobrevino el trabajo temporal y una mayor dependencia a la tierra para obtener alimentos y otros bienes de uso y cambio. Si durante el modelo industrial por sustitución de importaciones los guaraníes se sentían tan guaraníes como obreros, a partir de los 90 esto cambiará. Al tiempo que en sus vidas la tierra cobra un valor esencial para la supervivencia, resignifican su identidad valorizando elementos decididamente étnicos más que asalariados⁴. Ahora, dicen, sólo puede conseguirse quizás un contrato temporal durante los periodos de zafra. Un guaraní que trabajó como estibador del ingenio durante 17 años, culpa por los despidos a las maquinas y la tecnología, dando el ejemplo de la reducción de archivos en la administración. “Ahora tienen todo en un disquete”. Un cacique llegado a la casa de sus tíos en La Loma desde el Chaco en 1932, cuenta que los desalojos comenzaron con los primeros despidos (1964). Muchos de los guaraníes desocupados y desalojados se asentaron en la estación de trenes de Yrigoyen, primer signo de lo que sería una larga procesión hacia la marginalidad urbana.

A pesar de esta resignificación étnica y territorial más que asalariada, es también el momento en el cual la posesión y derecho a usufructo de la tierra es coartada por la apropiación extensiva del ingenio. La Loma es uno de aquellos espacios que pueden definirse por el conflicto establecido entre actores cuya posición social deriva del control diferencial sobre los recursos (Low y Lawrence-Zúñiga, 2003: 18) que el mismo espacio físico pone en juego. Desde los 60 hasta primeros años del siglo XXI convergen una serie de fenómenos que determinan la posición marginal de los guaraníes en la sociedad nacional: el desempleo, el desalojo y finalmente el asentamiento en pueblos. Es esta convergencia, transformando las relaciones sociales de producción, la que reproduce la crisis en su capacidad de subsistencia. El paso de la autosuficiencia relativa por posesión de tierras al mercado de alimentos y el “tiempo del dinero” (Stolcke, 1988: 171) es en efecto un imperativo más que un hecho consumado.

Se han asentado en los pueblos sin tierra y sin trabajo, forzados a buscar e implementar diversas estrategias de supervivencia que movilizan a todos los miembros de la unidad doméstica e incluso lazos de solidaridad interétnicos, conducidos a reexaminar cuestiones culturales esenciales,

⁴ Albó indica como un factor explicativo de este fenómeno, que cree es continental, la frustración derivada del fracaso del modelo industrial desarrollista y la profundización del colonialismo agroindustrial (1997: 34-35).

propio de cualquier desplazamiento involuntario (Aronsson 2002: 41). Esta marginalidad estructural derivada de la crisis de su antiguo modo de vida que combinaba trabajo asalariado y producción doméstica agrícola, dificulta su acceso a recursos y cristaliza su calidad subalterna como clase de acuerdo al contacto que supone la vida urbana con otros grupos sociales (Stolcke, 1988: 185). Son precisamente los jóvenes quienes viven en mayor grado la inferioridad derivada de la incapacidad para acceder a los bienes valorados por las nuevas necesidades de consumo propias de la vida urbana y la centralidad del mercado en la distribución y circulación de bienes.

Los guaraníes desalojados sobreviven por un lado de los subsidios estatales para jefes de familia sin trabajo, asignación de sólo el 25% de lo considerado necesario para hacerse de alimentos en el mercado y que sólo algunas reciben, de trabajos temporales (derribo de árboles, tareas de construcción, etc) y de la recolección y venta de leña. La única razón que acepta la administración para el acceso de guaraníes a La Loma es para que llenen sus carretillas de la leña seca que deja los desmontes operados por el ingenio.

Aun así parte sustancial de la resistencia al desalojo y la reivindicación de posesión se basa en que muchos conservan aun cultivos ocultos, a pesar del control y la vigilancia que ejerce el ingenio. No poseen la extensión ni el trabajo de las parcelas en épocas de posesión efectiva de la tierra, pero representa una fuente de alimentos.

La autosuficiencia no sólo se materializa en alimentos, también en recursos medicinales. El monte es el espacio donde disponer parcelas de cultivo, criar animales y recoger frutos y miel, y también el inventario de medios terapéuticos. A su vez, con el desalojo y la privatización del cerro se ha clausurado el ingreso a los cementerios. Incluso en la memoria colectiva guaraní la ubicación del cementerio más viejo comienza a ser difusa por las progresivas dificultades de acceso. La forzosa pérdida de interacción cotidiana con La Loma como entorno construido, supone la crisis del espacio como recurso mnemotécnico, elemento que permite el recuerdo y la memoria colectiva (Amerlinck y Bontempo, 1994: 88).

La Loma es el *tekoha*, el “lugar y el medio donde se dan las condiciones de posibilidad del modo de ser guaraní” (Melià, 1991: 64), donde se instituyen relaciones económicas, sociales y una organización política determinada; el espacio que permite la reproducción de una identidad expresando la diversidad de su particular modo de vida; el establecimiento de límites del grupo social frente al otro y mecanismo de control mediante la enculturación por transmisión de información y enseñanzas (Amerlinck y Bontempo, 1994: 86). Es precisamente la territorialidad, “posesión y propiedad en su expresión de control sobre un espacio y sus recursos” (*idem*, 1994: 39) la condición de posibilidad de aquella reproducción sin la cual las diversas comunidades saben que no tienen futuro (Alvarado Ajanel, 1997: 114).

La posesión de tierras y un territorio es vital en la obtención de recursos para la reproducción material inmediata y en el ámbito de las producciones simbólicas, el monte contiene cementerios, medicinas y útiles de consumo doméstico y ritual. Los guaraníes de Yrigoyen lo consideran una fuente de vida, donde extraer mediante el trabajo alimentos “sanos”, “llenos de proteínas” y donde criar animales sin suplementos hormonales o “pichicatas”. Es el espacio donde educar a sus hijos,

enseñando su lengua y haciéndolos consciente de que “vos eres de aquí”, como con ellos hicieron sus antepasados. Para muchos es claro que tanto una dieta sana como la transmisión de la lengua no es posible en Yrigoyen, lo primero como consecuencia de la incorporación forzosa al mercado y lo segundo gracias a la política que el Estado conserva desde que en el siglo XIX el castellano fue declarado lengua oficial exclusiva (Stavengagen, 1997: 28). En este contexto la depredación del monte y la monopolización de la tierra por parte del ingenio supone una amenaza real a su modo de vida y subsistencia. El desalojo produce por definición la crisis o pérdida de prácticas productivas, instituciones y símbolos (Aronsson, 2002: 44) sentando las bases para una posible desarticulación de la comunidad gracias al debilitamiento de los lazos sociales vitales, coartando el aseguramiento de un *modus vivendi* específico (García Hierro y Surrallés, 2004: 9).

El desalojo implica la expulsión de un mundo de autosubsistencia hacia los pueblos, donde desprovistos de tierras deben saltar el muro masivo y estructural del desempleo para hacerse de la mercancía que permite apropiarse de todo aquello que ya no ofrece el monte sino un almacén o un médico: el dinero. Se encuentran en los márgenes, progresivamente destruidas las bases de sus formas de producción y reproducción material y simbólica, envueltos cínicamente sin salario ni recursos en la sociedad de mercado. No es sorprendente que las razones de volver a la Loma estén signadas entonces por la “independencia”, la “libertad” e incluso en algunos casos por la “tranquilidad”, aquel espacio donde uno no debe comprar nada, ni necesita dinero. El cerro se transforma así en un elemento significativo en la cosmovisión y el imaginario de los desalojados, espacio donde se disolverán *ipso facto* los constreñimientos y determinaciones a que los tiene sujeto su condición de clase urbana subalterna, donde sería posible recuperar la autosuficiencia económica y la autonomía cultural.

Uso del espacio y depredación ecológica

Un guaraní alojado en los asentamientos de Yrigoyen, ex trabajador del ingenio, comparaba el desmonte (operado de manera creciente con objeto de extender los cultivos), la expansión de la caña y la producción de soja transgénica con el deshielo de los glaciares patagónicos a raíz del calentamiento global. A la deforestación y el daño a la tierra por el cultivo intensivo de caña y soja –que “vende pero mata la tierra”– le siguen los tóxicos de las chimeneas de procesamiento del ingenio y la contaminación del río Bermejo. La deforestación y el cultivo practicado por los grandes propietarios de la tierra conduce a la pérdida de productividad y salinización de los suelos y a crecientes inundaciones, destruye a su vez el espacio vital de reproducción guaraní y conduce al Gran Chaco –masa boscosa de 1.090.000 de km²– a un ecocidio sin precedentes. Un ex estibador del ingenio que ahora subsiste de la venta de leña, afirma que por la profundización del proceso de deforestación, desde 1995 las temperaturas estivales han ascendido de 35 a 45 y 50° C. Esto conduce a presagios: durante una asamblea en Yrigoyen un guaraní señaló que de continuar así el agua llegará en futuro no lejano a Buenos Aires, dejándola bajo agua.

El ingenio también controla los ríos Colorado, Blanco y Bermejo, que utiliza a través del manejo de cauces y como vertederos de desechos. En el caso del Blanco los guaraníes que viven a sus

orillas indican que el ingenio controla su corriente a través de diques, con el objeto de retener el agua, eliminando la necesidad de un sistema de riego artificial y bajando costos de producción. La consecuencia de esto son ocasionales desbordes que perjudican tierras aledañas. Por otro lado la contaminación de desechos industriales disparó en los últimos años la mortalidad de peces del Bermejo.

Puede sugerirse que la apropiación del espacio que un grupo social realiza deriva de la concepción y clase de relación productiva que se establece; organización de la producción y cosmovisión expresan una racionalidad histórica determinada. En las formaciones sociales capitalistas la explotación comercial de recursos naturales y un concepto de naturaleza opuesto a cultura signaron esta racionalidad; combinado con la preeminencia de una “mentalidad colonial” (García Hierro y Surrallés, 2004: 10) sobre los territorios indígenas. En América los resultados indican que el 70% del territorio está en proceso de desertificación y el 40% salinizado. En Argentina se pasaron de 106 millones de hectáreas de bosque en 1914 a 32 millones en 1987 (Colombes, 2004: 71) y el proceso continúa.

Los guaraníes saben que en la raíz del problema se distinguen dos puntos centrales, derivados de la privatización de crecientes extensiones de recursos naturales: su destrucción por la explotación intensiva comercial y la monopolización y degradación de los productos.

En el trasfondo de la lucha por los espacios y recursos está la lucha por la acumulación. Apropiación en búsqueda de mayores tasas de ganancia, mediante la explotación de recursos y producción de bienes que destruye las bases ambientales de las diversas regiones, corolario de una perspectiva que legitima y justifica la apropiación, dominación y explotación mediante la relación naturaleza-objeto (García Hierro y Surrallés, 2004: 12) y una percepción del entorno que define lo natural en oposición a lo humano (Descola, 2004: 27), antitética a la visión indígena que no valora el territorio de acuerdo a su valor exclusivamente productivo o comercial y en la cual aquella relación, por oposición en la perspectiva occidental, es un *continnum* hombre-entorno (ídem) o un todo (García Hierro, 2004: 292) donde personas y elementos bióticos y abióticos establecen reciprocidad más que depredación.

Melià analizó la interpretación guaraní de este “mal en la tierra” que “no es nunca un fenómeno natural ni una circunstancia meramente ecológica, sino teko-lógica”, propia de un “modo de ser” (1991: 74), de una racionalidad construida material y simbólicamente. Es en este contexto en el que la tierra se vuelve “mala”, cubierta por el *mba’ e meguã*. Así es que Buenos Aires quedará bajo aguas.

La lucha por el espacio

Involucrados en la dinámica cotidiana de la supervivencia, en los asentamientos guaraníes se conserva una organización asamblearia. Junto al liderazgo espiritual del cacique la comunidad se organiza a través de una comisión de representantes y un *mburubicha* elegidos mediante el voto. El de presidente, vicepresidente y muchos de estos cargos son ejercidos por mujeres. La legitimidad de las decisiones adoptadas descansa en el espacio donde se dirimen conflictos y el medio por el

cual se decide: la asamblea y el consenso. Allí todos tienen voz más allá del género y la edad de quien se pronuncie, se sientan en círculo bajo una toldería o cerca del fuego y junto al mate circulan las diferentes posiciones. La comunidad está integrada por las familias que habitan asentamientos situados en diferentes barrios de Yrigoyen.

En septiembre del 2003, de acuerdo al hacinamiento que sufrían, la asamblea resolvió impulsar la ocupación de La Loma para la construcción de viviendas. Con los días aumentaron las familias registradas para construir sus viviendas, y en el momento del desalojo eran ya 150. El saldo de la expulsión fueron 20 detenidos –entre ellos ancianos, mujeres y niños– luego de que fuerzas de seguridad pública y del ingenio ingresaran disparando armas de fuego. Los ocupantes habían colocado dos carteles: uno decía “nuestra tierra”, el otro “tierra argentina”, recuperando junto a su identidad guaraní la identidad de la ciudadanía nacional; fenómeno que puede enmarcarse en lo que se ha denominado dualidad étnica, resultado de la interdependencia entre comunidades locales y sociedad nacional en un contexto de pérdida de autosuficiencia de aquellas (Esteva Fabregat, 1997: 161-162).

Los desalojados y aquellos que resistían a la vera del río Blanco decidieron en un encuentro regional entre comunidades wichís, guaraníes y tobas en el 2003 caminar hacia la capital provincial, 266 kms. en 8 días y 8 noches. El inicio del encuentro fue celebrado con el himno nacional argentino cantando en lengua guaraní y su clausura por la evocación a los ancestros en los cementerios de La Loma. En Salta, capital de la provincia homónima, reclamaron sus derechos de posesión sobre las “tierras ancestrales” y justicia por los atropellos del último desalojo. Luego de esperar algunas semanas allí y ante la negación del gobernador de dialogar, decidieron viajar a Buenos Aires desandando más de 1500 kms, donde recibieron apoyo de organizaciones campesinas, indígenas y vinculadas a los derechos de acceso a la tierra, mientras participaban junto a desocupados en movilizaciones urbanas. Una vez regresados a Yrigoyen ante el descontento suscitado por el desempeño de los funcionarios y la noticia de que el ingenio comenzaría el desmonte de La Loma, la asamblea decidió una nueva ocupación, abortada finalmente por la presión policial y las intimidaciones de las fuerzas de seguridad del ingenio.

Los últimos tiempos de la lucha política entorno a la posesión de La Loma cristalizan uno de los problemas que transitan las comunidades indígenas del noroeste argentino y del resto del país: la incapacidad de trascender el ámbito de raigambre exclusivamente local con el objeto de “construir una identidad indígena trans-comunitaria, incorporando un número creciente de comunidades locales y enfatizando la identidad étnica como un vínculo unificador y un agente movilizador” (Stavenhagen, 1997: 16). Esto tampoco implicó una posible inclusión en las estructuras políticas agrarias propias del proletariado rural, ya que la gran mayoría de ellos subsiste fuera de la relación salarial que define la incorporación a aquellas. Esta incapacidad es fomentada a su vez por el Estado al proponer una negociación unilateral con las comunidades, fragmentando el conflicto y su posible resolución. Esta estrategia fue incluso implementada con las comunidades guaraníes de la región estudiada a pesar que el otro actor involucrado sea el mismo –el ingenio– y que la voluntad de los guaraníes sea acordar posiciones y prácticas comunes, tentativas y propósitos destinados a consolidar una posición única que contenga las reivindicaciones de diferentes comunidades guara-

nies o no guaraníes, concientes de la posibilidad de que el Estado congele el conflicto atendiendo las reivindicaciones de sólo algunas de ellas. En un contexto de relaciones de fuerza claramente adverso a los sectores indígenas, esto sugiere las condiciones para concretar un salto cualitativo de reclamo viable de tierras a territorios. Ya no es entonces la propiedad de parcelas individuales o comunales de una comunidad particular sino de un espacio aun mayor y con una finalidad no única ni necesariamente productiva. No pretendo establecer una linealidad causal entre la capacidad de alcance identitario y político y el alcance de las reivindicaciones, sino indicar la relación dialéctica entre una construcción político indentitaria y sus reivindicaciones por posesión de espacios.

Bibliografía

- Albó, Xavier (1997) “El resurgir indígena en un mundo excluyente”, en Gutiérrez Estévez, Manuel (comp) *Identidades étnicas*, Madrid, Casa de América.
- Alvarado Ajanel, Virgilio (1997) “Identidad étnica maya-kiché y dialogo intercultural”, en Gutiérrez Estévez, Manuel (comp) *Identidades étnicas*, Madrid, Casa de América.
- Amerlinck, Mari-José y Bontempo, Juan Fernando (1994) *El entorno construido y la antropología: introducción a su estudio interdisciplinar*, México D.F, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.
- Aronsson, Inga-Lill (2002) *Negotiating Involuntary Resettlement. A Study of Local Bargaining during the Construction of the Zimapan Dam*, Uppsala, Uppsala University.
- Carrasco, Morita (2000) *Los derechos de los pueblos indígenas en Argentina*, Buenos Aires, IWGIA.
- Colombres, Adolfo (2004) *América como civilización emergente*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana.
- Descola, Philippe (2004) “Las cosmologías indígenas de la amazonía”, en García Hierro, Pedro y Surrallés, Alexandre (eds) *Tierra adentro. Territorio indígena y percepción del entorno*, Lima, IWGIA.
- Esteva Fabregat, Claudio (1997) “Etnicidad indígena y globalización en América. Una reflexión”, en Gutiérrez Estévez, Manuel (comp) *Identidades étnicas*, Madrid, Casa de América.
- García Hierro, Pedro y Surrallés, Alexandre (2004) “Introducción”, en García Hierro, Pedro y Surrallés, Alexandre (eds) *Tierra adentro. Territorio indígena y percepción del entorno*, Lima, IWGIA.
- García Hierro, Pedro (2004) “Territorios indígenas: tocando a las puertas del Derecho”, en García Hierro, Pedro y Surrallés, Alexandre (eds) *Tierra adentro. Territorio indígena y percepción del entorno*, Lima, IWGIA.
- Low, Setha y Lawrence-Zuniga, Denise (eds) (2003) *The anthropology of space & place. Locating culture*, London, Blackwell.
- Melià, Bartolomeu (1991) *El guaraní: experiencia religiosa*, Asunción, Biblioteca Paraguaya de Antropología.
- Roulet, Florencia (1993) *La resistencia guaraní del Paraguay a la conquista española (1537-1556)*, Posadas, Editorial Universitaria.
- Stavenhagen, Rodolfo (1997) “Las organizaciones indígenas: actores emergentes en América Latina”, en Gutiérrez Estévez, Manuel (comp), *Identidades étnicas*, Madrid, Casa de América.
- Stolcke, Verena (1988) *Coffe planters, Workers & Wives*. New York, St. Martins Press.

Vitar, Maria Beatriz (1988) *Tucumán y el Chaco en el siglo XVIII: milicias, jesuitas y frontera*, Madrid, Editorial de la UCM.

Giltzarriak: espazioa, identitatea, biziraute erak, pilaketa ereduak, esklusioa.

LABURPENA:XX. mendeaz geroztik La Loma muinoan bizi ziren guaraniak sistematikoki kanporatuak izan dira, lur eremu zabalak San Martín del Tabacal ingenioak bereganatzen zituen bitartean. Testuinguru berri honetan, lurraren jabetza desagertzearen eta bizimodu urbanoan sartzearen ondorioz, bizirauteko estrategia berriak bilatu Guaraniak, bai eta kulturaren funtsezko esparruak berdefinitzera behartuak izan dira, kanporaketak euren bizimodu sozialaren oinarri material eta sinbolikoak deuseztatu baitzituen. Honez gain, baliabide naturalen jabego pribatuarekin batera, areagotzen ingurugiro krisi garrantzitsua sortu zen, ingurunearekiko harreman arrazionala dela eta.

Mots-clés: Espace, identité, modes de subsistance, modèles d'accumulation, exclusion.

RÉSUMÉ :

Jusqu'à la moitié du XX^e siècle, les Guaranis qui habitaient La Loma ont été systématiquement expulsés alors que d'énormes portions de terrain sont appropriés par l'exploitation San Martín del Tabacal. Dans ce nouveau contexte, avec la disparition de la propriété des terres et l'entrée au mode de vie urbain, les Guaranis ont dû adopter des nouvelles stratégies de survivance ainsi que reformuler de des questions culturelles centrales étant donné que l'expulsion entraîna l'éclatement des fondements matériels et symboliques de reproduction de la société guarani. Parallèlement à cette appropriation privée de ressources naturelles, survient une importante crise environnementale qui ne cesse de grandir suivant le modèle de rationalité dominant dans les relations avec l'environnement.